

EEUU: Las limitaciones del nuevo movimiento antirracista

CHARLES MCKELVEY :: 11/07/2020

El problema es que el marco de referencia antirracista es insuficiente como explicación y es divisivo

A pesar del evidente estilo administrativo errático de Trump y su desastrosa mala gestión de la pandemia de COVID-19, el presidente de los EEUU continúa teniendo un apoyo significativo entre los blancos, especialmente los blancos sin universidad. Esto sugiere que en la actualidad en los EEUU existen obstáculos ideológicos significativos para la formación de un consenso popular nacional para el cambio social progresivo. Los progresistas y los liberales pueden alcanzar mayorías electorales estrechas, con los estados azules que tienen una representación ligeramente mayor en el gobierno nacional que los estados rojos. Pero una estrecha mayoría electoral no es suficiente para forjar el consenso nacional necesario para superar la actual división política y cultural destructiva de la nación.

Aunque el movimiento en los EEUU ha movido al mundo entero contra el racismo y la brutalidad policial provocada por el asesinato en frío de George Floyd, es probable que el nuevo movimiento antirracismo no proporcione las condiciones ideológicas para la forja de un consenso nacional. El problema aquí es que el marco de referencia antirracista es insuficiente como explicación y es divisivo.

Las limitaciones analíticas de la perspectiva antirracista son evidentes al sacar el racismo y la esclavitud del contexto más amplio de los procesos históricos y globales. Desde el siglo XVI hasta el siglo XX, los pueblos del mundo fueron conquistados y colonizados por siete estados-naciones europeos; y sometido a diversas formas de trabajo forzoso, una de las cuales fue la esclavitud africana en las Américas, particularmente en el Caribe, Brasil y el sur de los EEUU. Más allá de estas regiones esclavistas, había trabajo forzoso en otras formas, en las que los «siervos», los peones, los aparceros y los agricultores arrendatarios estaban obligados por diversos mecanismos a producir productos agrícolas por salarios de hambre, en un sistema de superexplotación económica acompañado de opresión política, a menudo brutal. Este proyecto global de conquista, superexplotación sistémica,

Los descendientes de este proceso de conquista incluyen afrodescendientes en los EEUU, así como africanos, asiáticos, nativos americanos, latinos, irlandeses y europeos del este. Hoy, la agenda moral y política de todos estos pueblos tiene que ser la transformación de las estructuras neocoloniales económicas y políticas que son el legado de la conquista y dominación colonial europea. La atención debería centrarse en nuestro interés común en transformar las estructuras neocoloniales, que además de ser esencialmente antidemocráticas, se han vuelto insostenibles. La perspectiva antirracista, con su enfoque limitado, nos impide ver el camino político necesario.

La acción de derrocar estatuas de esclavistas y traficantes de esclavos logra poco en cuanto a educación política o cambios concretos, e intensifica las divisiones entre la gente. ¿Por qué no emitir demandas para un referéndum de la ciudad sobre los monumentos, precedido

por debates y discusiones públicas, y complementado por la difusión en Internet de videos y material impreso sobre las diferentes funciones económicas históricas del Norte y del Sur en la economía mundial, dando lugar a al conflicto político; entre otros temas relacionados? ¿Por qué no presentar una propuesta para que los monumentos ofensivos se coloquen en el museo de la ciudad, con presentaciones periódicas de personas capaces de explicar la creación de los monumentos y su eliminación en sus diferentes contextos históricos?

Otra dimensión de las limitaciones analíticas del marco antirracista es su tendencia a pasar por alto los cambios concretos en los EEUU desde 1965, incluido el fin de las formas flagrantes de discriminación con respecto a los derechos de voto, educación, empleo y vivienda. Las desigualdades socioeconómicas entre los negros y los blancos de hoy son, en gran medida, consecuencia de la discriminación histórica anterior a 1965, desigualdades económicas que nunca fueron abordadas por la nación, que dio la espalda a los derechos sociales y económicos de todos sus ciudadanos. , independientemente del color. Hoy es simplista atribuir las desigualdades raciales a la discriminación racial actual y al racismo blanco, una simplificación excesiva que socava el apoyo blanco. Se necesita un análisis más serio de la desigualdad racial, para que se puedan formular propuestas concretas,

En los días inmediatamente posteriores al asesinato de George Floyd, hubo muchas voces prominentes que se unieron a la denuncia del racismo blanco y la brutalidad policial. ¿Es el caso que el establecimiento político está difundiendo la perspectiva antirracista analíticamente limitada y políticamente divisiva?

En el momento histórico actual, la canalización del movimiento progresista hacia la oposición al racismo blanco en efecto es del interés del establecimiento político estadounidense, que está de espaldas a la pared. Su proyecto neoliberal y las guerras de agresión, lanzadas en respuesta a la crisis estructural sostenida del sistema mundial y el relativo declive económico de EEUU, se han disparado. El neoliberalismo y las guerras de agresión han llevado a la aparición de figuras políticas progresistas que desean volver a una nueva versión de las protecciones sociales y económicas anteriores a 1980 para las personas, que han alcanzado un nivel de apoyo popular.

Al mismo tiempo, han provocado una migración incontrolable del Tercer Mundo a las zonas centrales, lo que ha dado lugar a la aparición del fascismo, que representa el apoyo blanco a Trump. El impacto de la pandemia es otro efecto boomerang, ya que un estado limitado y debilitado ha dejado a la nación sin preparación para contener la enfermedad. La pandemia de COVID-19 ha intensificado la rebelión popular tanto de izquierda como de derecha.

El movimiento antirracismo es un buen tónico para la situación que enfrenta hoy la élite. El antirracismo le da a la ideología liberal la ventaja moral sobre el fascismo, permitiendo la contención de este último. Al mismo tiempo, el antirracismo canaliza la rebelión progresiva en una dirección que no amenaza los intereses de la élite, precisamente porque deja de lado los problemas del neocolonialismo, el imperialismo y los derechos sociales y económicos de todos los ciudadanos. Además, deja a la gente dividida e incapaz de forjar un consenso. Quizás el ala moderada del establecimiento político está avivando la retórica contra el racismo contra los blancos para lograr una ventaja política. Trump emprende la

batalla, con una campaña cultural de la derecha; mientras que el ala progresiva es superada.

Independientemente de los conflictos internos del establecimiento político, el discurso antirracista no es el camino necesario para el pueblo. Una estrategia más políticamente inteligente sería buscar construir una coalición popular que busque el poder político.

Si pudiera hablar con el pueblo de los EEUU, diría que nuestro lema debe ser: «Poder para el pueblo». Nuestro objetivo no debería ser «decir la verdad al poder» o «presionar el poder», sino tomar el poder político por nosotros mismos y para nosotros mismos, gobernando en nuestro propio nombre, buscando lograr nuestra emancipación.

Para tomar el poder político, necesitamos formar un grupo de liderazgo a nivel nacional en el que todos los sectores de la gente estén total e igualmente representados, compuestos por personas que tengan un compromiso vital con la libertad y los derechos de su sector en particular, pero que entiendan que el logro de estos derechos solo puede lograrse mediante la emancipación de todas las personas.

Cuando digo las personas, me refiero a todas las personas, excepto el 1% que forma la élite. Negro, marrón, blanco y nativo americano; y hombres y mujeres. Incluyendo las clases medias y trabajadoras blancas, los blancos que nunca han asistido a la universidad, los estudiantes blancos y los profesionales blancos. Ningún sector de nuestro pueblo debe ser excluido del llamado al movimiento social y a la revolución. No puede haber libertad para algunos sin la plena participación y libertad de todos.

Nuestro grupo de liderazgo tiene que escribir una narrativa alternativa sobre la nación, una nación fundada en la promesa de la democracia. En la fundación de la nación, por supuesto, la promesa de la democracia no se formuló completamente; y solo se implementó parcialmente. La historia de nuestra nación incluye las luchas de los negros, las mujeres, los trabajadores y los inmigrantes para ser incluidos en la promesa de la democracia; y el llamado de las naciones originales al reconocimiento de los tratados que el gobierno de los EEUU ha firmado con ellos. Volver a contar la historia de nuestra nación es contar la poderosa historia de los movimientos sociales formados por nuestros pueblos, buscando ser incluidos en la promesa de la democracia, pero al mismo tiempo expandiendo y profundizando el significado de esa promesa.

La narración de la historia estadounidense debe incluir llegar a un acuerdo con la esclavitud, explicar la economía política de la esclavitud y su funcionalidad en un momento histórico determinado, para la nación y para el sistema mundial en su conjunto; y su disfuncionalidad en otro. E implica volver a contar la guerra civil, que fue consecuencia de un conflicto por el control del estado entre las élites de dos sistemas económicos diferentes.

La narración de la historia estadounidense debe incluir llegar a un acuerdo con el imperialismo estadounidense. Tenemos que reconocer que la política exterior de los EEUU ha sido consistentemente imperialista, y tenemos que comprometernos a ponerle fin, no solo porque contradice nuestros valores democráticos, sino también porque un sistema mundial basado en poderes imperialistas competidores ya no es sostenible. . Los grandes desafíos ecológicos y políticos de nuestro tiempo requieren cooperación y solidaridad, no

competencia. Los pueblos, los estados y las naciones del mundo deben trabajar juntos para transformar un sistema mundial neocolonial, construido sobre una base de dominación colonial, a un orden mundial basado en el respeto mutuo y el comercio beneficioso mutuo y en la resolución pacífica de las diferencias.

Hubo momentos en que nuestro pueblo vio la necesidad de poner fin al imperialismo. El poder negro y los movimientos estudiantiles contra la guerra de finales de la década de 1960 lo proclamaron. Puede encontrarlo en los escritos y discursos de Malcolm X y el Dr. Martin Luther King, Jr., especialmente en el último año de sus vidas. Una de nuestras consignas tiene que ser: «¡Abajo el imperialismo!»

En los EEUU tenemos que imaginar la búsqueda de nuestros intereses nacionales en un mundo posimperialista, poscolonial y posneocolonial. Tenemos que aprender a usar nuestras grandes capacidades tecnológicas de manera que nos permitan desarrollar nuestra economía de una manera que contribuya al desarrollo de un mundo más justo y sostenible.

Nuestro equipo de liderazgo tiene que formular una plataforma, un plan de acción específico y un conjunto de propuestas que aborden las necesidades concretas de las personas. Asistencia sanitaria universal, educación asequible y de alta calidad para todos, sistemas de transporte asequibles y ecológicamente sostenibles, patrones de consumo de energía asequibles y sostenibles, etc. Los líderes tienen que escuchar a las personas, que saben y expresan cuáles son sus necesidades concretas.

Nuestro equipo de liderazgo tiene que educar. Tiene que respetar a las personas. Tiene que perdonar las ideas racistas, etnocéntricas, sexistas y xenófobas que un orden social injusto les ha enseñado. No acusamos, educamos. No descartamos, enseñamos. No gritamos, explicamos. No conmovemos, invitamos. Tenemos que educar. Tenemos que ver nuestra revolución como un gran proyecto nacional en la educación de las personas.

Entonces necesitamos liderazgo. Liderazgo que posee conciencia histórica y global e inteligencia política. Liderazgo que guía al pueblo hacia el poder político, tomando el poder político de manos de un establecimiento político que ha demostrado su incapacidad moral e intelectual para gobernar, colocando el poder político en manos de los delegados del pueblo.

A través de un manifiesto, una plataforma y la educación de nuestro pueblo, un liderazgo comprometido y políticamente inteligente puede forjar mayorías electorales fuertes que hacen posible el consenso nacional y la aprobación de las enmiendas constitucionales apropiadas y las leyes correspondientes que afirman: los derechos sociales y económicos de todos ciudadanos, incluidos nutrición, atención médica, educación y vivienda, independientemente de su color, origen étnico, género, orientación de género, identidad de género, religión o capacidad; afirmando también el papel necesario del estado en la protección de los derechos sociales y económicos; y afirmando respeto por la soberanía de todas las naciones del mundo, grandes y pequeñas.

counterpunch.org / www.radiohc.cu

